



ENTRENARNOS EN EL PENSAMIENTO. CLAVES PARA LA PRÁCTICA DEL DIÁLOGO FILOSÓFICO COMO HERRAMIENTA DE INNOVACIÓN SOCIAL

TRAINING OURSELVES INTO THINKING. KEY FACTORS TO THE PRACTICE OF PHILOSOPHICAL DIALOGUE AS A TOOL FOR SOCIAL INNOVATION

Omar Linares Huertas
thelosconsulta@gmail.com

RESUMEN

El ámbito de la innovación social precisa de espacios de encuentro no competitivo ni jerárquico, capaces de acoger el pensamiento individual de sus miembros y hacerlo avanzar más allá de sus prejuicios y opiniones iniciales. Empresas, organizaciones, asociaciones, equipos de trabajo, docentes... Todos necesitan herramientas de gestión grupal que faciliten un encuentro social, cultural y humano. Para aportar a tal fin, el presente artículo describe un modelo de diálogo filosófico aplicable a cualquier grupo en el que se pretenda generar una práctica de cuestionamiento, comprensión y reflexión conjunta, sea en el ámbito educativo, social u organizativo, ofreciendo las claves para su desarrollo con el fin de lograr un verdadero intercambio comunicativo e intelectual entre sus participantes.

ABSTRACT

The field of social innovation needs non-competitive and non-hierarchical meeting spaces capable of hosting the individual thinking of its members and doing it beyond their prejudices and their initial opinions. Companies, organisations, associations, working groups, educators... All of them need group management tools that facilitate a social, cultural and human encounter. In order to contribute to this, the current article describes a philosophical dialogue model applicable to any group. Its aim is generating questioning, understanding, and common reflection, be it in the education, social or organisational field, offering keys for its development in order to achieve a true communicative and intellectual exchange among its participants.

KEYWORDS

Diálogo filosófico; Innovación social; Reflexión; Filosofía; Diversidad.

PALABRAS CLAVE

Philosophical dialogue; Social innovation; Reflection; Philosophy; Diversity.

CÓDIGOS JEL: **I29; I39.**

Fecha de recepción: 30/03/2021

Fecha de aceptación: 10/09/2021

1. SENTIDO, OBJETIVOS Y METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

El objetivo de este artículo es describir el formato, operatividad y despliegue de una propuesta de diálogo filosófico apta para cualquier tipo de audiencia que anhele un auténtico encuentro comunicativo e investigador. Este modelo fue elaborado con el fin de crear espacios de comprensión, profundización y clarificación de cuestiones vitales, abiertos a todo aquel que quisiera intervenir en ellos, sin requisito previo alguno. Un formato de diálogo social indagativo desarrollado a través de años de práctica con multitud de grupos, constituidos por individuos de diferentes edades, niveles académicos, culturas, países... Es esta una metodología que fue tomando forma sesión tras sesión, y con la que consideramos se logró un esfuerzo de equipo a la hora de conseguir que la comprensión de lo cuestionado fuera más allá de la interpretación individual, enriqueciéndose con la diversidad de opiniones y corrientes de pensamiento. Entendemos que esta aportación no se limita al ámbito de la filosofía práctica, sino que puede llegar a aportar mucho a otros profesionales implicados en el avance de una innovación social hecha desde abajo, desde la vocación y el compromiso de dar voz y herramientas de pensamiento a aquellos que más las necesitan. De ahí el sentido del presente texto.

Para aportar a tal fin, comenzaremos exponiendo los rasgos distintivos de la actitud filosófica que pretendemos inspirar en los interlocutores, para después sumergirnos en las claves que el diálogo deberá realizar para mantener este carácter y beneficiarse así de su radicalidad y profundidad, aportando a espacios cuyo objetivo sea la innovación social, entendida esta de forma amplia e independiente de su especificidad y denominaciones concretas (Hernández-Ascanio, 2016, 165-199).

Lo que propondremos serán algunas nociones a tener en cuenta, no solo para diálogos estrictamente filosóficos, sino para cualquier encuentro comunicativo en el que sea necesario llegar a un punto de comprensión y entendimiento: equipos de trabajo, grupos de desarrollo comunitario (Karlsen, 2015, 121-126) o aulas con alumnos, entre otros -son muchos los avances realizados al respecto desde la conocida como Filosofía para Niños (Lipman, 1980), conocida como FPN, que llega a extenderse al trabajo con adolescentes (García, 2014).

Por diferentes razones, todos precisan de una metodología de diálogo que facilite la comunicación y sirva de vehículo para un vínculo social íntimo, un contacto real entre personas que vaya más allá de la suma de individualidades. Con ello no pretendemos imponer una normativa, sino ofrecer ideas para que quien busque facilitar grupos de diálogo, disponga de herramientas para ello. El resto quedará en manos de la comunidad, como siempre debió ser.

2. LA IMPORTANCIA DEL DIÁLOGO FILOSÓFICO EN EL ÁMBITO DE LA INNOVACIÓN SOCIAL Y SU RELACIÓN CON LOS OBJETIVOS DE DESARROLLO SOSTENIBLE (ODS)

Es cada vez mayor la necesidad de un diálogo fructífero en la sociedad actual. Lo es entre diferentes culturas y grupos sociales, pero también entre organizaciones y empresas. Vivimos en el mundo de las *fake news*, en el que la imagen parece haberle ganado la batalla a la verdad, reduciendo la palabra a elemento estético; un discurso vacío que habla, pero no dice nada, que no conmueve ni compromete al interlocutor, favoreciendo su desconexión –o conectando con él, pero con el fin de manipularlo (Alandete, 2019).

En cualquier ámbito al que nos acerquemos encontraremos la necesidad de un auténtico encuentro social, aquel capaz de acoger las diferencias individuales y usarlas como motor de avance, no como elemento de discriminación. Todo proyecto que incluya la gestión de personas –y no hay ninguno que no lo haga– precisará de una verdadera comunicación, tanto para su diseño como para su desarrollo e implementación.

Entendiendo la innovación social como aquellas “formas nuevas o novedosas que tiene la sociedad para hacer frente a los retos sociales relevantes, que son más eficaces, eficientes y sostenibles o que generan mayor impacto que las precedentes y que contribuyen a hacerla más fuerte y articulada” (Herrero de Egaña, 2018, 268), es de interés conectar la funcionalidad del diálogo filosófico con algunos de los diecisiete Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) incluidos por Naciones Unidas en la Agenda 2030.

No habrá igualdad entre géneros ni empoderamiento de mujeres y niñas –objetivo nº5– sin el adecuado diálogo entre las partes intervinientes, logrando que aquellos que se aferran a tradiciones machistas y retrógradas sean capaces de ver lo anacrónico de su postura, convirtiéndose en aliados para un mundo más igualitario y feminista. Tampoco será posible el crecimiento económico sostenido, inclusivo y sostenible –objetivo nº8– sin un diálogo ético que haga reconocer al mundo de la empresa que la “responsabilidad social corporativa” no es un mero eslogan, sino más bien

un compromiso social que le interpela para que se sume a un cambio global que desemboque en la universalización del empleo digno y de calidad.

Aunque podrían mencionarse otros ODS en los que la presencia de un diálogo de calidad se muestra imprescindible para su implementación, destacaremos la Alianza Mundial para el Desarrollo Sostenible -objetivo nº17- como espacio clave para la inserción del diálogo filosófico en el ámbito social. Tanto a escala micro -en agrupaciones de barrio, asociaciones, ONG's, etc.- como a escala macro -en grandes organizaciones, gobiernos y entidades supraestatales- será fundamental el ejercicio de un verdadero diálogo comunicativo y comprensivo que aúne diferencias y ponga de relieve la identidad y pertenencia de los participantes (Todorov, 2010). Solo una reflexión grupal bien orientada será capaz de subsumir las diferencias particulares, jerarquizar los valores humanos por encima de los económicos, acercar a los interlocutores a una comunicación comprometida con el desarrollo global y empoderarlos para convertirlos en agentes de cambio (Heiskala, 2007, 52-77).

3. LAS TRES ACTITUDES FUNDAMENTALES DEL INTERLOCUTOR FILOSÓFICO

Cuando la mayoría de personas escuchan la palabra "filosofía", suelen darse diferentes reacciones al respecto. La primera puede referir a un vago recuerdo de aquella disciplina que, en sus tiempos de estudio, le obligó a enfrentar una serie de problemas teóricos cuyo sentido probablemente no llegó a comprender -menos aun su necesidad- y que le supuso los suficientes quebraderos de cabeza como para no querer complicar su pensamiento con ella de nuevo. Desde este punto de vista, la filosofía es percibida como una actividad desfasada, que ni siquiera es activa, al considerarla pasiva, estanca, añeja y mal envejecida. Toda una injusticia con el pensamiento filosófico, de la que probablemente seamos los filósofos los principales responsables.

Sin embargo, afortunadamente son cada vez más los que ven en la filosofía a la madre de todos los saberes, el origen de la actitud científica y sus derivas especializadas. Filosofía como base nutricia del pensamiento, que le brinda tanto las herramientas como la orientación para que sus indagaciones lleguen a buen puerto o, al menos, para que aquellas dudas que queden sin resolver, lo hagan con unos fundamentos rigurosos y estables

Filosofía como el arte y a la vez el método que nos permite pensar cuestiones que nos afectan profundamente, que nos pertenecen y que estamos llamados a dar respuesta. Definiéndola así, la filosofía se presenta, entre otras formas de practicarla, como una actitud ante el mundo. Una forma de posicionarse desde la apertura, la curiosidad, el respeto y la

veneración por la complejidad de lo real, desde el rechazo a la respuesta homogeneizante, aquella que anula la diferencia en su búsqueda de una explicación limitada, controlable. La actitud filosófica nos abre a la verdad, pero también al encuentro con el otro. Es este un posicionamiento vital que podemos a su vez desglosar en tres actitudes fundamentales: el asombro, la duda y la actitud existencial.

3.1 EL ASOMBRO COMO ACTITUD FUNDAMENTAL

El asombro constituye la actitud fundamental ante la vida. Es la disposición fundamental del niño, cuando comienza a interactuar con lo real; lo es también del pensar filosófico, cuando se encuentra ante algo que no comprende, pero que en vez de rechazarlo, busca acogerlo en su grandeza. El asombro no es solo una experiencia cognitiva, sino también estética, ya que permite una profunda sensación de placer. En él se produce la contemplación no comprensiva, que no es capaz de dar explicación a lo que percibe, pero no por ello renuncia a una comprensión posterior –que espera llegará, aunque aún no esté presente.

El asombro aparece cuando el mundo desborda nuestra capacidad comprensiva, y nos coloca en un puesto de espectador extremadamente humilde. Hace que sintamos los límites del conocimiento, pero también que nos lancemos contra ellos para expandirlos. Tal y como afirmaba Giorgio Colli, la filosofía nace en el asombro ante una realidad que nos maravilla por inconmensurable (Colli, 1977). Una experiencia filosófica por su profundidad, pero también humana, en absoluto erudita, ya que forma parte de nuestra experiencia del mundo –porque aquello que no entendemos también puede causarnos admiración.

¿Es posible imaginar algo más necesario para el diálogo social? Sin el debido cultivo del asombro, el pensamiento se condena a sí mismo a vagar por la superficie y pecar de superficialidad. Toda explicación, todo argumento o posición que no albergue en sí una pequeña porción de asombro, acabará por reducir y ahogar la realidad explicada. Sin asombro, es fácil que el discurso se coloque en extremos antagonistas: buenos y malos, nuestro y ajeno, compatriotas e invasores. El maniqueísmo del blanco o negro puede revertirse cuando inoculamos en él un asombro capaz de traer de vuelta el amor por la complejidad del asunto, maravillándonos ante él y renunciando a la tentación de la explicación reduccionista.

3.2 LA DUDA COMO ACTITUD DE CUESTIONAMIENTO E INDAGACIÓN

La experiencia no comprensiva que caracteriza al asombro da lugar a su vez a una ampliación del pensamiento que le permite abarcar lo que ahora le desborda, sembrando el terreno para la posibilidad de la duda. Decimos “posibilidad”, ya que el pensamiento también puede optar por la vía rápida

y lanzarse a una explicación básica del evento que no comprende, para encorsetarlo en unos conceptos insuficientes, pero cómodos (Saiz, 2017).

Por su parte, el pensar filosófico invita al camino opuesto. La duda aparece cuando el reconocimiento de la falta de conocimiento, lejos de producir frustración, lanza al sujeto a una senda indagativa que busca suplir sus carencias epistemológicas, saliendo a la caza del contenido, del significado.

La duda como actitud se materializa en la pregunta. La pregunta es el cuestionamiento hecho carne que vectoriza, que abre, profundizando y ahondando en la comprensión. La pregunta exige al ser que se defina, que tome forma, lanzándole una racionalidad que lo interroga y cuestiona.

Sin la capacidad de dudar, cualquier sociedad está vendida a la imposición de la explicación monolítica, convirtiéndose en la clase de rebaño acrítico que anhelan tantos totalitarismos. Sin la capacidad de dudar, somos consumidores de discursos únicos, cerrados. Sin duda no hay discrepancia, innovación, diversidad, y sin éstos no hay encuentro ni avance.

3.3 LA ACTITUD EXISTENCIAL COMO POSICIONAMIENTO CONSCIENTE ANTE LA TOTALIDAD DE LO REAL

Son muchas las ocasiones en las que la vida trae momentos de dolor. Muchas veces son estas situaciones las que nos colocan frente a las grandes preguntas de la existencia; cuestiones que pocos deciden sostener y muchos prefieren obviar, por temor al carácter trágico que creen reside en el fondo de la realidad. Por el contrario, la actitud existencial es aquella capaz de situarse frente a aquello que incomoda, para dejarlo reposar en sí mismo, reduciendo su impacto en el sujeto, para posteriormente proceder a comprenderlo.

Por lo general, cuestiones como el sentido de la vida, de la muerte, la identidad, la libertad y el uso responsable de la misma, entre otros, han sido entendidos como problemas existenciales de corte individual, a las que cada uno está llamado a responder de forma personal. Sin embargo, estas cuestiones también son capaces de crear comunidad. Lo son, no solo porque sean experiencias compartidas para todo ser humano -lo cual sirve para derribar barreras y fronteras entre pueblos y colectivos- sino también porque están a la base de multitud de problemáticas sociales y políticas.

De cómo respondemos a ciertas cuestiones existenciales, cómo nos posicionamos ante ellas, se derivará también nuestra forma de vivirlas y compartirlas -o de renunciar a este acercamiento al otro y aislarnos en ellas. Por esto, una verdadera actitud existencial, preñada del asombro y la duda anteriormente mencionados, se ve avocada directamente a una vuelta a la comunidad, un encuentro con otros individuos, que ahora reconocemos

como iguales, con cuyo avance y mejora me comprometo de manera natural (Di Cesare, 2021). Es el mismo cuestionamiento de la vida, esa actitud existencial que nos lleva a vivirla con intensidad, la que a su vez nos une a los otros en un único camino compartido.

4. UNA PROPUESTA DE DIÁLOGO FILOSÓFICO PARA LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Tras haber definido algunos de los elementos que conforman la actitud filosófica, convendrá urbanizar estas nociones, bajarlas a la tierra para ejercitarlas. La idea fundamental aquí es que la actitud filosófica es beneficiosa no solo para el quehacer filosófico, sino para el obrar humano en sí mismo. Son muchos los espacios sociales a los que podría llevarse el diálogo filosófico, lo cual nos obliga a la propia definición del concepto, para no distorsionarlo. Ya que habría tantos formatos y procesos de diálogo filosófico como filósofos y filósofas que los definieran y/o facilitasen, comenzaremos con una aclaración conceptual que sirva de lanzadera de lo que después será la enumeración de los diferentes requisitos para llevarlo a la práctica en diferentes contextos, filosófico o no –la praxis del diálogo filosófico posee unos matices específicos a tener en cuenta (Linares, 2017, 110-121).

4.1 HACIA UNA DEFINICIÓN DE DIÁLOGO FILOSÓFICO COMO ESPACIO DE CUESTIONAMIENTO RADICAL

Para ofrecer una definición de diálogo filosófico coherente tanto con sus exigencias propias como con las de la innovación social, convendrá realizar un abordaje negativo, que muestre aquello que no es, para enmarcarlo entre dos opuestos que le son cercanos, pero a la vez muy ajenos.

El primer concepto con el que no conviene confundir el diálogo filosófico es el *debate*. En el espacio de debate, el objetivo es la confrontación de argumentos, el choque frontal entre ellos, con el fin de establecer una jerarquía o, dicho de otra forma, un argumento ganador seguido de una hilera de perdedores a los que no se atenderá más. En el debate también hay un interlocutor que es proclamado vencedor, que eleva su capacidad de argumentación –entendida así como persuasión o imposición– a la de los demás. En el debate la opinión se cambia o se mantiene, pero no crece ni integra otras versiones de realidad –puede hacerlo, pero no es el fin del debate.

El diálogo filosófico no es un debate, porque en él se busca la comprensión por encima de la oposición. No se trata de alcanzar una opinión ganadora, sino de crear un espacio en el que todas puedan tener cabida, logrando que la veracidad presente en ellas haga acto de presencia, sobresalga de entre sus falsedades y se muestre como es. No

hay interlocutor ganador, ya que el diálogo filosófico beneficia a todo aquel que se aproxime a él con ganas de acercarse a la verdad -o, al menos, con la intención de alejarse de la falsedad. Por eso no hay derrota cuando alguien ve falsadas sus creencias más arraigadas, ya que esa falsación le permite descargarse de un peso intelectual que le impedía comprender y abrirse a nuevos espacios de realidad. Por eso incluso cuando uno ve refutada su posición, gana igualmente.

El otro concepto que comparte apariencia con el diálogo filosófico, pero con el que conviene marcar distancia, es el de la *tertulia*. En una tertulia se permite todo tipo de intervención, cualquier aportación, sin exigencia ni requisito previo. En la tertulia cada opinión vale por igual, sin importar su relevancia o elaboración (Herrero, 2016). En ella cualquiera es experto, por el mero hecho de considerarse como tal. El resultado de la tertulia es la sensación de haber dicho mucho y llevarse más bien poco, a pesar de la atmósfera de intelectualidad que podemos percibir tras ésta.

Frente al relativismo y vaguedad de la tertulia, el compromiso del diálogo filosófico está en la búsqueda de la verdad: por ello, toda aportación debe estar orientada a ese fin. La autoexpresión y elocuencia vacías se convierten así en enemigas de una conversación que pretende encaminarse hacia una comprensión profunda de la cuestión abordada.

El diálogo es diálogo por darse a través de la razón -*diá-logos*-, por utilizar el pensamiento individual para una criba interna de concepciones limitadas. El diálogo es filosófico cuando alcanza la radicalidad necesaria para cuestionar tanto la realidad como al sujeto mismo que la cuestiona. Ese es el espacio de cuestionamiento radical al que todo diálogo filosófico debe aspirar, donde poco importa si la conversación tiene lugar entre un grupo de jóvenes, directivos, trabajadores... A todos les pertenece esa aspiración a la verdad y a su vez todos ellos disponen de las competencias necesarias para hacerla efectiva, porque el pensamiento filosófico, antes que filosófico, es humano.

5. NOCIONES PRÁCTICAS PARA LA APLICACIÓN DEL DIÁLOGO FILOSÓFICO EN EL CONTEXTO DE LA INNOVACIÓN SOCIAL

5.1 LA AUSENCIA DE CONCLUSIONES PREEXISTENTES

Para que el diálogo filosófico mantenga el compromiso contraído con la reflexión, y verdaderamente suponga la apertura a un espacio de cuestionamiento radical, deberá estar bien orientado. La orientación de algo nos habla de sus fines, aquellos por los que inicia su movimiento. Por ello, el diálogo jamás deberá tener prefijadas ciertas conclusiones a las que llegar. No se reflexiona para llegar a un punto preestablecido, sino al contrario, se reflexiona con la humildad necesaria para no saber a dónde

se llegará, con la intención de descubrirlo y de descubrirse en el trayecto (Boele, 2011, 1-28) –sin menospreciar el entrenamiento en pensamiento crítico que recibe cada uno de los interlocutores (Chicharro, 2016, 41-59).

No se busca demostrar algo pensado anteriormente, sino que se crea algo nuevo. Por ello, el diálogo filosófico no podrá ser utilizado con fines partidistas o ideológicos, ya que por su naturaleza exige de su libre despliegue.

A pesar de ello, el hecho de que no deba orientarse el diálogo a conclusiones previas no significa que éstas no lleguen. No se busca la confusión, sino la clarificación, por lo que a medida que avance el proceso, las diversas diferenciaciones y matizaciones irán asentándose, permitiendo que los interlocutores comprendan mejor la cuestión que están abordando (Van Hooft, 2011). El pensamiento necesita encontrar las preguntas adecuadas para alinearse con las respuestas que necesita.

5.2 CONCRECIÓN DE LA TEMÁTICA Y PRIMEROS PASOS

Para que haya claridad en el diálogo es necesario concretar bien su punto de partida, el concepto o pregunta que inaugurará el proceso. Un inicio enrevesado, con demasiadas ideas en juego precisará multitud de aclaraciones, por lo que crear ese espacio compartido en el que todos entendamos de qué estamos hablando podrá llegar a ocupar la totalidad del diálogo –siendo éste entonces poco esclarecedor. ¿Cómo reconocer la desigualdad?, ¿qué entendemos por discriminación? O ¿qué es el odio? son ejemplos de preguntas que incluyen un único concepto en su planteamiento, y que por tanto ofrecen un inicio sencillo para su desarrollo teórico y práctico. Insistiremos repetidas veces en el requisito de la claridad, ya que consideramos es fundamental para el correcto desenvolvimiento del diálogo filosófico y, en el caso concreto de su ejercicio como herramienta de innovación social, para la extracción de intuiciones prácticas que puedan dar lugar a protocolos, propuestas o modelos de intervención, entre otros.

El turno de intervenciones podrá iniciarse con una ronda de primeras respuestas a la pregunta del diálogo, como introducción a la cuestión y puesta en común de ideas propias. Aunque quizá pudiera pensarse que todos los participantes compartirán las mismas definiciones de los conceptos abordados, tras las primeras intervenciones se demostrará que no es así. No solo pensamos de forma diferente sobre conceptos que utilizamos a diario, sino que además establecer una definición común podrá resultarnos terriblemente complicado. Sin embargo, será necesario determinar qué uso damos a los términos utilizados, para establecer un lenguaje común que permita una comunicación efectiva y no solo aparente. Quizá esta sea la primera lección del diálogo filosófico: los demás no piensan lo mismo que nosotros, y este hecho no solo no impide el diálogo, sino que lo posibilita.

Incluso si tomamos como punto de partida la propia definición de un diccionario, manual o enciclopedia reconocida, surgirán las discrepancias. El reto no será evitarlas, sino tratar de hacer avanzar la conversación a través de ellas y no a pesar de ellas. Como decíamos, no buscamos que todo el mundo piense de forma idéntica, sino más bien que los participantes posean un lenguaje común para el diálogo, con el que expresar y enriquecer sus posiciones.

Cada participante tendrá algunas preguntas clave que considera deben ser respondidas en el curso de la conversación. Por ello, será conveniente que uno de los primeros pasos sea la puesta en común de tales cuestiones. ¿Cuáles son las preguntas que deben ser tenidas en cuenta a la hora de desarrollar un diálogo sobre este tema? De esta forma no solo se practica un lenguaje común, sino que la misión también es conjunta. Cada interlocutor es consciente de lo que está en juego y de que su aportación debe ayudar a su resolución o comprensión.

Tras esta ronda de preguntas iniciales convendrá dar un paso atrás y utilizar una pregunta como pistoletazo de salida, aquella que dará inicio al libre intercambio de opiniones. Esta será la pregunta ontológica, la que cuestiona el ser o la definición esencial de aquello que va a ser trabajado. Por ejemplo, en un diálogo sobre la responsabilidad social de la empresa, la pregunta ontológica deberá apuntar a la definición de responsabilidad ética; si la conversación versa sobre supuestos atentados contra sentimientos religiosos, deberemos definir qué es un sentimiento religioso, pero también qué entendemos por atentar. Solo con esas cuestiones dilucidadas podrá darse un verdadero encuentro comunicativo.

5.3 SENSORIALIZAR EL PENSAMIENTO

En el diálogo entran en juego diferentes facetas del pensamiento, como la creativa, visual, proyectiva, axiológica, emocional... A pesar de ello, solemos creer que el diálogo es algo estrictamente racional, que responde a una lógica concreta y no bebe de ningún otro espacio. Para evitar el encorsetamiento de la reflexión y darle las herramientas que necesita para romper sus propios moldes, es necesario cambiar la forma en la que entendemos el diálogo.

Para ello deberemos invitar a los interlocutores a incluir sus sentidos en la reflexión, entendiendo el pensamiento no solo como una materia etérea, sino también como algo que puede ser tocado, observado, oído e incluso saboreado. Introducir la sensorialidad en el pensamiento permitirá una gestión del mismo más amplia y abarcante, creando así las condiciones para que las oposiciones que eran vistas como irresolubles puedan amoldarse entre sí y llegar a nuevos entendimientos.

Se trata de concebir los conceptos y las creencias como una masa neutra capaz de tomar la forma de aquello que pretenden comprender. De esta forma, en un diálogo sobre la definición del concepto de integración y sus diferentes vías de aplicación podríamos preguntar *¿qué estructura tiene la integración?, ¿cuál es su textura, olor, sabor?, ¿qué formas es capaz de tomar?, ¿a cuáles tiende?, ¿cuáles se le resisten?, ¿hasta dónde puede estirarse?, ¿cuándo deja de ser integración?, ¿qué formas puede adoptar que preserven la identidad y cultura de los usuarios?, ¿cuándo la integración se torna homogeneización?*, etc. Son ejemplos de posibles cuestiones que pueden verse enriquecidas con la sensorialización del pensamiento.

Así propondremos a los participantes una suerte de artesanía conceptual, que nos recordará que el pensamiento no es algo meramente intelectual, sino una actividad que debe hacer que los participantes se remanguen y se pongan manos a la obra. De esta forma, la mesa -real o ficticia- que separa y a la vez conecta a los interlocutores será el espacio de trabajo, al que se lanzarán los diferentes materiales de pensamiento. Esto es importante: el diálogo no solo ocurre en la cabeza de los participantes, sino más bien -y sobre todo- en el espacio que todos ellos comparten, representado por la mesa de trabajo. En la mesa se intercambian propuestas, se cuestiona, se planifica, se proyecta, se llega a acuerdos, se decide... y el diálogo filosófico no es una excepción.

Por otra parte, al sensorializar el pensamiento y proyectarlo sobre la mesa de trabajo -o de diálogo- obtenemos otro resultado indirecto, pero necesario: la desidentificación de los participantes respecto de sus opiniones. Cuando el interlocutor se identifica con su aportación siente que le pertenece, que es definido por ella, por lo que no estará abierto a cuestionarla y recibirá como un ataque personal cualquier intento de crítica o mejora, viéndose incapacitado para abrirse a cualquier idea que no sea totalmente compatible con la que mantenía de antemano. Esta actitud es la antítesis de la que pretendemos ejercitar en un encuentro reflexivo.

Por ello, lanzar el pensamiento a la mesa de diálogo, como el que coloca un objeto en ella y lo suelta, permite que el participante sienta que eso que ha aportado es material para un proyecto común que lo excede como individuo. De esta forma, cuando finaliza su turno de palabra, comprende que lo dicho es propiedad de todos, no solo suya, y que no tiene sentido tratar de imponer una determinada comprensión de sus palabras.

Así romperemos con la llamada *barrera hermenéutica*, aquella que separa lo que queremos decir de lo que decimos, y a su vez de lo que los demás entienden. Queda rota y superada, ya que al no imponer la interpretación subjetiva del participante -al no limitar su aportación con el sesgo interpretativo de "lo que yo quería decir es que..."- esta puede verse enriquecida y complementada con la elaboración de otros. De hecho,

esta posibilidad deberá ser promovida de forma constante, alentando a los participantes a no limitar sus ideas a sí mismos, para que las compartan, liberándolas y haciéndolas crecer con las nuevas elaboraciones de otros.

5.4 ALGUNAS CLAVES PRÁCTICAS PARA EL FUNCIONAMIENTO DEL DIÁLOGO

Para que el diálogo transcurra con fluidez, será necesario solicitar a los participantes un esfuerzo por la brevedad de sus intervenciones. Por mucho contenido de calidad que éstos consideren tener, el resumir y transmitir una versión concisa de lo pensado será algo a agradecer. Además, debemos tener en cuenta que los discursos largos, por lo general, tienden a aburrir, y no tienen cabida en un espacio en el que se pretende el intercambio constante entre interlocutores. Por otra parte, la brevedad puede servir de criterio interno de comprensión: si no sabemos expresar una idea de forma breve, quizá sea porque no la comprendemos en profundidad, por lo que puede que debamos elaborarla un poco más para transmitirla de forma clara y concisa.

Las intervenciones que se alargan en ocasiones responden más a la necesidad de autoexpresión del autor que a un verdadero intento de aportar significado al diálogo, por lo que dicen mucho de la actitud del participante que las protagoniza, sobre todo en relación al interés que demuestra por las intervenciones de los demás –a las que no deja espacio. De esta forma, la brevedad no solo afecta al formato de la participación, haciéndola más asequible al resto del grupo, sino que también crea un espacio más social, en el que caben más participantes y más intervenciones, creando así un intercambio comunicativo vivo que nutre el concepto abordado, pero también la conexión entre los miembros del grupo.

Un punto clave será el del correcto uso de los ejemplos. Un ejemplo conciso, bien elegido, representativo de lo expresado, puede ser un anclaje para la comprensión en el grupo, un lugar común en el que el grupo se reconozca y aprehenda la idea transmitida. No obstante, todos hemos podido presenciar discursos en los que los ejemplos eran vagos, poco representativos, que no servían para aclarar ni hacer aterrizar el concepto, sino más bien para ocultar la falta de comprensión del participante sobre lo que está expresando.

Decía Ortega y Gasset que la claridad es la cortesía del filósofo. Pues bien, no lo es solo del filósofo y la filósofa, sino de todo aquel que pretenda participar en un diálogo cuyo objetivo sea lograr una comprensión mayor del tema abordado, en clave cooperativa. El diálogo filosófico, sea cual sea su vertiente o formato, debe representar la lucha frontal contra dos elementos contrarios a la claridad del pensamiento: discursos vacíos y conceptos opacos.

Si antes remarcábamos la necesidad de comprimir las aportaciones para evitar su extensión innecesaria, ahora precisamos que el contenido del discurso debe existir, que debe tener un fin claro y no suponer una mera sucesión de palabras. Hablamos para expresar, para transmitir algo, y esto es lo único que se exige. Por otra parte, la claridad nos obliga a elegir los conceptos más representativos, que mejor capten la realidad que pretendemos expresar. Es común en algunas líneas de pensamiento el escoger conceptos pretendidamente oscuros, que complican la comprensión, con la intención de simular profundidad¹. Nada de esto servirá aquí. Por ello a la concisión deberá seguirle la claridad del discurso, algo que se logrará simplemente con mantener una voluntad comunicativa, de transmitir lo que se piensa sin aparentar nada más, pero también de la sencillez de los conceptos, aquellos que expresen lo que pretendemos decir, sin insinuaciones ni alardes.

Por todo ello, el facilitador del diálogo deberá acompañar en el transcurso de las intervenciones, orientando de forma asertiva a los participantes para que optimicen su discurso, de forma que se sincronice de la mejor forma posible con los objetivos del encuentro.

Expresado de forma tan esquemática, podría parecer que la tarea del facilitador es la de vigilar a unos participantes que tratan de llevar a cabo una difícil labor, pero en la práctica veremos que lo único necesario para lograr cumplir estos objetivos es tener la actitud necesaria para ello. Una disposición de escucha, de compartir, de conocer el pensamiento del otro y enriquecer el propio con él, y a su vez de compartir ideas de forma que puedan ser comprendidas y utilizadas por otros. No hay más. El resto es cuestión de práctica, de mejorar unas habilidades que todos poseemos, ya que no podemos evitar pensar y estamos llamados a hacerlo junto a otros.

6. EL DIÁLOGO INTERNO. VÍAS DE AUTOCONOCIMIENTO EN EL DIÁLOGO GRUPAL

Al tratarse de un encuentro social, lo normal sería pensar que solo se participa en el diálogo cuando se interviene en él. Sin embargo, en todo espacio filosófico, la relación con uno mismo es siempre fuente de autoconocimiento y sabiduría. Lo que ocurre en nosotros a lo largo del diálogo forma también parte del mismo, y es importante invitar a tomar conciencia de ello.

“El diálogo no solo puede tener lugar entre dos sino entre cualquier número e incluso, si se lleva a cabo con el espíritu adecuado, una persona puede llegar a dialogar consigo misma” (Bohm, 1996, 29-30).

1 Como ocurrió en la filosofía escolástica del periodo medieval, entre otras.

Uno de esos espacios será el de la incompreensión, tan común en nuestras vidas y tan poco acogida en ellas. ¿Qué ocurre en mí cuando no entiendo algo de lo que han dicho?, ¿cómo me siento cuando me pierdo y no sé de qué están hablando? Estas son preguntas que aparecerán en la mente de los participantes y que el facilitador debe tener en cuenta para invitar a hacerlas explícitas. La duda y la desorientación son parte fundamental del proceso de conocimiento, y en absoluto causa de vergüenza.

Por ello, es importante animar a la pregunta; no solo aquella que nace de la cuestión abordada, sino también de la falta de conexión con el diálogo. “Si me pierdo, pregunto”, esta debería de ser una norma básica de cualquier diálogo grupal que pretenda seguir siendo eso mismo, grupal. Animando a compartir dudas, el facilitador promoverá la creación de un espacio más humano, más cercano y compasivo, en el que cada duda supondrá un aliciente para nuevas preguntas, y a la vez la oportunidad para realizar una síntesis de lo ocurrido que todos los participantes agradecerán, ya que no es sencillo –quizá ni siquiera posible– estar constantemente atento/a a todas y cada una de las intervenciones.

Esta será la vía de entrada a una escucha interna mucho mayor. Durante el transcurso del diálogo, el participante podrá hacerse multitud de preguntas relacionadas con su papel en el encuentro. El ponerse nervioso/a en la espera de su turno de palabra le hablará de su confianza; también de la importancia que otorga a lo que otros piensen de él/ella. Si mientras espera ese turno deja de escuchar a otros, aunque sea por inseguridad, estará a su vez recibiendo información de la importancia que da a esas intervenciones –ya que considerar que lo que tenemos que decir no va a cambiar a pesar de las aportaciones de otros es de por sí negar la capacidad que esas intervenciones tienen de transformar nuestro pensamiento.

Otra fuente de autoconocimiento será la comodidad o incomodidad del participante cuando presencie argumentos o líneas de pensamiento contrarias a la suya. Aunque teóricamente se sienta atraído por el libre intercambio de ideas, en la práctica podría percatarse de que las ideas contrarias a las suyas le desagradan, incluso le violentan. De esta forma, el participante tiene la oportunidad de reconocer esas tensiones internas y percatarse de que no estaba tan abierto/a a ellas como imaginaba. La importancia de esta toma de conciencia radica en que antes podía imaginar que aquello que no le convencía, no lo hacía por su falta de profundidad, rigor o verdad; sin embargo, ahora puede darse cuenta de la existencia de un rechazo previo que impedía la toma de contacto con dichas ideas. Es crucial que en todo espacio de diálogo los participantes hagan un esfuerzo consciente por reconocer las limitaciones de su pensamiento, sea por creencias, ideología o simple hábito, entre otros.

La vergüenza será una emoción común en esta clase de encuentros que, como sentimiento presente en ellos, será de gran valor para el autoconocimiento individual. A lo largo de estos años hemos solido encontrarnos con la figura del principiante que señala que *"he venido a escuchar, pero no voy a participar"*. Lo que en primer lugar parece una expresión de respeto por el mecanismo del diálogo, por lo general esconde un sentimiento de ineptitud e incapacidad para participar en él. La creencia suele estar relacionada con *"no saber hacerlo bien"* o *"no ser lo suficientemente listo/a para participar"*, juicios latentes en sujetos de todos los niveles académicos, intelectuales, profesionales y sociales.

La presencia de personas con estas características supone un buen nexo de introducción para una idea central del diálogo, ya mencionada: que no se trata de hacer grandes intervenciones, sino de ofrecer nuestro pensamiento de la forma más clara posible para el grupo. El resultado de la vergüenza suele ser la limitación y la censura autoimpuestas, en el participante, y el privar de la calidad de su aportación, para el resto del grupo. En ocasiones, la intervención más sencilla –quizá juzgada como tonta por su protagonista– es la que logra dar un giro al diálogo y reorientarlo hacia un nuevo puerto.

Para poner de relieve la presencia de la vergüenza en el encuentro, proponemos utilizar la ronda de presentación y la reflexión sobre la misma –en el caso de que los participantes no se conozcan de forma previa, o haya al menos un nuevo integrante. Tras presentarse el/la facilitador/a, pedirá a los asistentes que procedan a decir su nombre por orden. Al finalizar la ronda, podrán reconocerse diferentes fenómenos. El primero, que conforme han ido diciendo sus nombres, el ritmo al pasar al siguiente habrá ido aumentando –como si cada asistente quisiera minimizar el tiempo de atención recibida. El segundo, que mientras esperaban a que llegase su turno, su pulso se aceleró.

Un ejercicio tan sencillo como éste puede ser la clave para hacer ver a los participantes que su inseguridad no descansa en el rigor o calidad de sus intervenciones, sino en el mero hecho de intervenir –ya que decir el propio nombre no supone un gran esfuerzo intelectual, algo que invitamos encarecidamente a señalar con humor, para crear un ambiente más distendido desde el inicio.

7. EL PAPEL DEL FACILITADOR DEL DIÁLOGO

A pesar de la responsabilidad que implica hacerse cargo de estas condiciones del diálogo grupal, la tarea del facilitador será sencilla.

No dará su opinión, ya que no es un participante, sino el garante de la adecuada participación. Su papel será el del dinamizador del diálogo, la persona encargada de soplar las brasas del pensamiento grupal, para que no se conforme con la mera oposición o con la definición superficial.

El pensamiento del diálogo filosófico debe ser nómada, no anhelar asentarse y mantener su constante tránsito, creciendo con su avance, incómodo y a la vez cómodo con su incomodidad, ya que sabe que se enfrenta a una realidad que lo supera en complejidad. El reto es el de pensar sin excluir lo distinto, avanzar aunando el pensamiento de diferentes individuos, creando un curso de pensamiento común capaz de subsumir las discrepancias, llevando a sus participantes más allá de donde habrían llegado por sí mismos.

Un reto y a la vez una necesidad, ya que no habrá avance social sin encuentro, y no habrá un encuentro real sin comprensión mutua (Todorov, 2008). Por ello, estamos llamados a pensar en comunidad (Morton, 2018).

8. CONCLUSIONES

Según se ha podido ver, en el diálogo filosófico encontramos una metodología de comunicación para todo tipo de grupos, capaz de lograr que las diferencias de opinión se conviertan en motor de avance, y no en causa de conflicto.

El compromiso con la verdad, unido a la humildad del pensamiento individual se muestran como los requisitos básicos para todo diálogo fructífero. Si a ello le sumamos las actitudes filosóficas mencionadas - capacidad de asombro, duda y actitud existencial- tendremos todos los ingredientes para que el diálogo no se torne reduccionista o simplificador y sea capaz de respetar tanto la complejidad de la cuestión abordada como las implicaciones humanas que se puedan derivar de ella.

Son claros los retos que afronta este modelo, aquellos que se derivan directamente de la implementación en grupos con características especiales, así como la adecuación a los mismos. Si se han presentado ciertas condiciones formales es desde el reconocimiento de que llevar esta voluntad y operatividad del diálogo a los diferentes ámbitos en los que puede ser integrado es el mayor obstáculo, y a la vez el principal reto que reconoce esta propuesta y al que pretende aportar.

Las limitaciones que puedan encontrarse en su ejercicio -más allá de la infinidad de posibles mejoras a este planteamiento- se derivarán directamente de las de sus participantes. Será la actitud, la voluntad de los interlocutores, la que decidirá si este formato de encuentro se convierte en una pantomima o realmente llega a conectar a los intervinientes en un flujo de pensamiento común.

Un diálogo fluido, de intervenciones directas, concisas y claras, en el que cada intervención suma. Este es el formato propuesto tanto para grupos de toma de decisiones como para aquellos que busquen el encuentro social, haciendo de la diversidad una plusvalía. Un espacio en el que encontrarse con el otro, y también con uno mismo.

9. BIBLIOGRAFÍA

- Alandete, D (2019): *Fake news. La nueva arma de destrucción masiva*, Editorial Deusto, Bilbao.
- Boele, D (2011): "Los beneficios del diálogo socrático", *Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía*, 9, 1-28.
- Bohm, D (1996): *Sobre el diálogo*, Kairós, Barcelona.
- Chicharro, A (2016): "El diálogo socrático como parte de la formación práctica en los estudios de derecho", *Revista Jurídica de Investigación e Innovación Educativa*, 14, 41-59.
- Colli, G (1977): *El nacimiento de la filosofía*, Tusquets, Barcelona.
- Di Cesare, D (2021): *Sobre la vocación política de la filosofía*, Gedisa, Barcelona.
- García Moriyón, F (2014): *Pregunto, dialogo, aprendo. Cómo hacer filosofía en el aula*, Ediciones de la Torre, Madrid.
- Heiskala, R (2007): "Social innovations: Structural and power perspectives", *Social Innovations, Institutional Change and Economic Performance*, Edward Elgar Publishing, Massachusetts, 52-77.
- Hernández-Ascanio, J (2016): "El concepto de innovación social: ámbitos, definiciones y alcances teóricos", *CIRIEC-España, Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*, 88, 165-199.
- Herrero, J (2016): *Elementos del pensamiento crítico*, Marcial Pons, Madrid.
- Herrero de Egaña, B (2018): *La innovación social en España: ejes vertebradores desde la Teoría Fundamentada*. Universidad de Comillas, Madrid, en https://www.researchgate.net/publication/339799564_La_Innovacion_Social_en_Espana_Ejes_vertebradores_desde_la_Teoria_Fundamentada.
- Karlsen, J (2015): *Desarrollo territorial e investigación en acción: Innovación a través del diálogo*, Universidad de Deusto, Bilbao.
- Linares Huertas, O (2017): "Pensar más allá de la opinión. Una propuesta metodológica de diálogo filosófico", *La aventura de innovar en filosofía: proyectos y experiencias educativas*, Comares, Granada, 110-121.
- Lipman, M (1980): *Philosophy in the classroom*, Temple University Press, Temple.
- Morton, T (2018): *El pensamiento ecológico*, Paidós, Barcelona.
- Saiz Sánchez, C (2017): *Pensamiento crítico y cambio*, Pirámide, Madrid.
- Todorov, T (2008): *La vida en común. Ensayo de antropología general*, Taurus, Barcelona.
- Todorov, T (2010): *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*, Siglo XXI de España Editores, Madrid.
- Van Hooft, S (2011): "¿Qué es la autorrealización? Un informe sobre un diálogo socrático", *Diálogo Filosófico*, 81, 469-484.